XXXII CERTAMEN LITERARIO “HELÉNIDES DE SALAMINA”

2º premio: Obra: “Esa Malignidad”

Autor: José Manuel Moreno Pérez

Fue que la vomité, nada más recibirla y colocarla junto al paladar, la expulsé, la escupí, o quizá la expectoré. Vomité el cuerpo de Dios con apenas cinco años.

Fui reprendido por aquello, golpeado. A los siete días el padre introdujo la ostia en mi boquita y repitió la letanía, “Cuerpo de Cristo”. Comprimí los labios y lo retuve. Di la vuelta y, en el pasillo, frente a todos, me sobrevino la arcada y volví a escupirlo.

Los golpes aumentaron, así como las amenazas y amonestaciones por la burla impía.

Fue a la quinta o sexta vez que lo escuché por primera vez, cuando los lloros, palizas, súplicas y pavores se entremezclaron con el traje de los domingos, las misas y los sacerdotes, fue entonces que escuché por vez primera la palabra posesión.

Para entonces la pía bancada no iba a escuchar el sermón, ni a limpiar los pecados, únicamente había ojos para el aterrado chiquillo que caminaba tembloroso para recibir la ostia, la Forma Consagrada, la purificante comunión con el Creador, aquella fina circunferencia de pan que inexorablemente yo vomitaba, una y otra vez, por más esfuerzos que hacía, por más que apretaba la mandíbula, finalmente la náusea llegaba y la oblea terminaba siendo lanzada contra el suelo ante mi aterrada mirada y la exclamación de sorpresa de los estupefactos presentes.

Yo rezaba, rezaba entre paliza y paliza, suplicaba a mi dios que me ayudara, lo hacía entre las amenazas e insultos de progenitores y familiares, le rogaba al Señor que evitara que cometiera aquel sacrilegio, pero el Salvador no hizo nada, quizá ofendido por la desfachatez de un crío, me dejó solo y no me socorrió.

Llegué a desear la muerte cuando era arrastrado hacia la iglesia para que, esta vez sí, demostrara a todos que todo era una chiquillada y que los golpes y castigos me habían convencido de dejar de ejecutar tan atea acción. Pero no hubo suerte, ni una sola vez la hubo, la arcada, el vómito, la expectoración de la delicada lámina de pan continuó. Y así, entre persignaciones las devotas voces y los fervorosos susurros dejaron de usar el término travesura para utilizar el de posesión.

Los religiosos feligreses señalaron, primero como velado rumor y al poco como manifiesto clamor, que Satán había poseído mi inocente cuerpo con la insana intención de roer mi alma y aterrar a la Comunidad con mis paganos gestos. Y no fue esta la precipitada opinión de un supersticioso vulgo, sino que fueron los hombres ordenados para celebrar el sacrificio de la misa, los sacerdotes, los que detectaron en mi blasfemo comportamiento al comulgar la indudable presencia del Maligno. Con sus voces calmas y sus ademanes templados señalaron, más allá de cualquier duda razonable, que mi aversión por lo sagrado demostraba que Lucifer había elegido mi virginal organismo para alojarse. No había otra explicación para mis sacrílegos actos, no en un niño tan pequeño y miembro de una familia tan cristiana. Sin duda el Maligno había elegido, con la sorna que le caracterizaba, al más inmaculado de los miembros de la congregación para demostrar su poder y hacer visible su presencia, recordando a todos, la permanente amenaza del pecado como opción del libre albedrío.

Mi cuerpo se convirtió en el campo de batalla donde se citaron el bien y el mal, y así los iluminados hijos de Dios procedieron, bajo la protección de la Cruz, a combatir a Satanás con la forma del exorcismo.

Las vejaciones, torturas y maltratos que mi poseída forma sufrieron fueron incontables, jamás pensé que echaría de menos los golpes y amenazas sufridas antes de saber lo de mi posesión diabólica. No recuerdo el dolor, ni el miedo, ni el terror, no lo recuerdo porque lo mismo que la pituitaria con el olor, el organismo se satura, llega un momento donde se blinda y para poder seguir funcionando deja de sentir, deja de oler, y así, cuando el sufrimiento se convierte en la única sensación y no tiene nada con lo que compararse u oponerse, dejas de sentir.

No hubo suerte por parte del ejército cristiano, y por más tiempo y dureza que las huestes creyentes emplearon sobre mi pequeño cuerpo fueron incapaces de desterrar a Lucifer de mi interior. Una y otra vez, tras docenas de intentos, el Diablo continuaba escupiendo la Sagrada Forma cada vez que era llamado a comulgar, era esa su retadora manera de subrayar su poder sobre la debilidad humana ratificando su tenaz determinación a devorar las almas de los sobrecogidos feligreses. Era yo el elegido por el Anticristo para demostrar su superioridad sobre los seguidores de Jesús, era mi pequeña persona la escogida por el mal para rubricar la hegemonía sobre el bien, era mi indefenso ser la fortaleza en la que se atrincheraba el Demonio, y desde la cual, hostigaría a los piadosos creyentes. Así lo entendió la buena gente cristiana y así lo ratificaron los tocados con hábito tras reconocer su derrota. Unos de viva voz y otros con su silencio corroboraron que algo maligno había en mí, en mi origen, algo maléfico en mi naturaleza, en mi constitución, en mi ADN, algo pecaminoso y perverso que había hecho imposible arrancarme a Satán, algo corrompido en mi esencia que hacía a Satanás invulnerable en mi organismo, por eso mi elección por parte del Maligno y por eso la derrota de los discípulos de Cristo, ¿qué otra explicación cabría si no?

Y así fui apartado, dejado, observado con recelo por muchos y con miedo por la mayoría. No fui tocado, ni palpado, ni siquiera rozado. No fui acariciado, ni golpeado, simplemente fui repudiado. Cuanto ser debiera haberme querido, o al menos haberme cuidado, se desentendió. Nadie de mi sangre me quiso, nadie quiso ser señalado como el progenitor del poseído, como la madre del embrujado, como el pariente del endemoniado. Nadie quiso ser mi amigo, ni siquiera mi compañero o colega. No hubo hombros junto al mío, ni brazos que me sujetaran, no hubo besos consoladores ni palmadas de ánimo, no hubo consejos ni ayudas, diría que hasta las mascotas me rehuían. Las miradas furtivas, los cambios de acera, los sobresaltos al percibirme, fueron la constante mientras mi cuerpo se endurecía y crecía en reformatorios y correccionales. Y en todo ese tiempo sólo Lucifer estuvo conmigo, él jamás me abandonó.

Ahora, aquí, en el viejo barrio, junto a los parroquianos, junto a los creyentes y los píos, junto a los temerosos de Dios y los honrados ciudadanos, camino, o más que caminar, troto.

Son las calles oscuras y la noche fría la mejor manta para cubrirme, son las aceras sucias y los muros garabateados la mejor alcoba, son las sonrisas de la puta y los vistazos del camello la mejor de las conversaciones, es el yonqui y su oscilación, el borracho y su inconsciencia, la indigente y sus harapos, la más noble de las amistades. Y soy yo junto con mi negro gabán el que salta y se hace sombra tras la farola moribunda, el que surge y desaparece tras la calleja orinada, el que desbarata el silencio con el ordinario taconear para, al instante, levitar como pisada de gato. Soy yo el que te ve.

Para él todo ha terminado, Dios no está aquí, no está con él, y si lo está no interviene, me deja hacer. El cura se protege tras la ostentosa puerta de madera que cierra el piso heredado de su adinerada familia, cree que no debe blindarla puesto que todos le conocen y nadie daña al representante del Señor. Se equivoca. Satán está aquí, y él no teme al Creador. Y así la puerta es fácilmente forzada por las manos expertas y la condición maléfica. Y el pasillo oscuro y el silencio cristiano son violados por la figura del Maligno que camina por las estancias en la seguridad de que el sacerdote está solo, porque para eso el Diablo ha observado, vigilado, y finalmente decidido visitar al exorcista.

Podría haber sido silencioso, podría no haberse enterado, un corte en la garganta y todo hubiera terminado entre estertores agónicos e insonoros, pero a Satanás, a mí, me gusta la teatralidad, como a él, de manera que considero justo su despertar, su asistencia al acto en plenas facultades, su total atención de una manera consciente y lúcida.

Lo primero que hago es presentarme, soy el Maligno, aquel a quien fustigó en el cuerpo de un niño y a quién no pudo derrotar. Ahora percibo el miedo, huelo el terror, ese olor inconfundible que me retrotrae a la infancia. La sorpresa, la incredulidad y finalmente el dolor. Sí. Todo, absolutamente todo, como en la tierna niñez, salvo por una cosa, es el ungido el que padece, es el clérigo el destinatario del sufrimiento. Soy yo, el Ángel Caído, el que repite la oración exorcizadora mecánicamente como si de un tantra budista se tratara, la oración rememorada, aprendida de tanto escucharla, y mientras la pronuncio, los cortes surgen aquí y allá. Podría gritar, pero, ¿con qué lengua? Podría pelear, ¿Pero con qué dedos? Podría, quizá, intentar escapar, pero, ¿cómo vería sin ojos?

He aquí el poder del mal que se hace cuerpo entre heridas laceradas y ríos de sangre. He aquí la ira de la Bestia dibujando sanguinolentos pentagramas sobre las sábanas carmesís. He aquí el Infierno y su amo invocando el Apocalipsis sobre el ya irreconocible representante de Cristo. Y así el alma no puede liberarse, encerrada aún en el cuerpo torturado al que no se deja morir. Es esto maldad, una maldad pura, esencial, una maldad más allá de la animalidad, una maldad únicamente humana, mi maldad.

Son horas, muchas horas, pero no son los minutos los que miden el tiempo sino los gritos, son los chillidos ahogados los que contabilizo y sumo antes de que mis pezuñas hollen la calle y mi cornuda figura abandone el edificio.

Es ahora que camino cubierto de espanto. Es la resonancia de mis pasos, el estrépito del que toca las trompetas del fin del mundo en la noche oscura como boca de lobo. Es mi sombra de serpenteante rabo la que cubre el sucio adoquinado un instante antes de que la pisen los cuatro jinetes y sus pestes.

Así el rabioso perro ladra, pero deja de hacerlo cuando mi enfundada figura surge tras la roída esquina. Y es la rata la que se esconde en la alcantarilla y el murciélago el que cambia de luminaria. Son las bestias irracionales las que me reconocen y asienten. Y es entre los hombres que los caídos y pecadores me reverencian y ceden el paso, así el matón detiene la calada junto con el parpadeo, y el proxeneta interrumpe la conversación apagando la sonrisa, y el traficante aparta la mirada persignándose mentalmente. Soy yo Lucifer y mi palabra es fuego, son mis manos ardientes teas y mi saliva lava incandescente. Cuídate de mí.

La pareja no ha escuchado nada, yace en la cama bajo el crucifijo colgado, seguros de que la cruz habrá de salvarles y protegerles de todo mal. Las imágenes de santos y los cuadros del Redentor no les avisan, nadie interrumpe su sueño para advertirles de que el señor de los malditos ha forzado su puerta y violado su cristiano hogar.

La somnolencia se torna pesadilla con la facilidad con la que la sangre se torna vino o la carne pan ácimo, y, en el tránsito, la voz del averno les anuncia la presencia de Satanás sobre sus yacentes figuras. Un Satanás con el rostro maduro del que fuera su primogénito, aquel al que vejaron, golpearon y abandonaron, aquel del que se apartaron para no ser infectados, está aquí, junto a sus pústulas y eczemas dispuesto a devolverles tanto amor.

Es el crujir de los huesos fracturándose bajo los golpes o quizá el chasquido de los sellos del libro rompiéndose a manos del cordero disfrazado de macho cabrío. Es el horror de la mujer de cuyo útero surgió la maldad amamantada que ahora la hiere y lastima. Es el pánico del progenitor varón que ve como su genética musculada y crecida ya no aguanta los golpes entre infantiles lloros, sino que es él el que infringe el más duro de los correctivos. Soy Lucifer mamá. Soy Luzbel papá.

No hay dios ni amuleto en la estancia que evite que las lagrimosas pupilas observen su propio cuerpo quebrado o el ajeno horriblemente deformado. Es la cólera del más básico de los instintos, la venganza, modelada con aspecto humano la que brota con la violencia del golpe, con la ira de la patada, con la furia del cabezazo. Es la carne golpeando a la carne, es el músculo dañando al músculo, es el hueso quebrando el hueso, es la palabra de Dios invocando el ojo por ojo, el diente por diente. Es lo parido que daña a aquello que le dio vida para dañarlo. Es tal el horror, tal el pánico, tan grande el sufrimiento devuelto, restituido, que el tiempo se alarga en aquel cuarto fusionando la agonía de los creyentes y el rencoroso orgasmo del caído, mientras éste mira a los cielos retando al mismísimo Creador y a su legión de ángeles justos.

No hay tiempo ni medida cuando el dolor se causa o se padece, pero sé de su duración por la amenaza del amanecer cuando surjo del domicilio paterno. El frío me abraza con recelo y la soledad camina un paso tras de mí atemorizada. No emito sonido, ni produzco olor, soy el maldito, aquel que mata lo que le dio la vida. Desde el Paraíso o el Edén, desde el Olimpo o el Nirvana, desde el Cielo o el más elevado de los vergeles no hay ojo divino que no observe atemorizado el paso cadencioso de la criatura de Dios y escuche mi mascullar.

Soy el pecado, los hombres lo detectaron en mí y me señalaron. Soy el Maligno, los representantes de Dios en la tierra lo revelaron y me marcaron. Soy el Anticristo, el mismo Dios en el que creía y al que rezaba lo admitió y me ignoró. Así camino sobre la Tierra a la espera de sentarme en el trono del Infierno para lacerar las almas de cuantos me tocaron.

Es ahora que me diluyo por entre alcantarillas como sucio vertido, que pego mi cuerpo a las sombrías tapias para parecer tosca mancha, que me introduzco en malolientes pasadizos simulando ser plaga. Es ahora que camino en las sombras y huyo de la purificadora luz, que piso la basura de callejas alejándome de la pulcritud de las avenidas, que me cruzo sólo con nefandos y me oculto de los inmaculados ciudadanos temerosos de Dios. Es ahora que pienso quién soy y lo que acabo de hacer.

He matado y torturado, y me he regocijado en ello. No sólo he hecho el mal sino que he disfrutado con ello y no siento arrepentimiento alguno. He dañado a mis padres y a los sirvientes de Cristo. No imagino mayor maldad, ni pecado más grave. No concibo un ser que tenga una sentencia más evidente el día del Juicio Final, y sin embargo, no todo es tan evidente.

Cuando llegue el día en el que Dios juzgue las almas en el instante en que se separan del cuerpo, y yo sea llamado, diré que no soy culpable, que no soy responsable de los pecados que se me imputan, que fui poseído, suplantado, que mi cuerpo fue ocupado por el mismísimo Satanás y mi noble y pura naturaleza mutada por la corrompida condición del Ángel de las Tinieblas, y que por tanto es a él, al Maligno, al que hay que pedir cuentas por mis actos. Y para reforzar mi alegato haré llamar a cuantos beatos poblaban la iglesia cuando vomitaba la ostia consagrada y les haré repetir lo que dijeron y pensaron. Y del mismo modo citaré a los hombres de Dios para que con sus alzacuellos y cruces corroboren la infalible conclusión de posesión diabólica que emitieron en vida sobre mi persona. A todos ellos, incluidos padres y familiares les haré ratificar frente al Altísimo sus sentencias sobre mi condición demoniaca. Así, resultará evidente hasta para el más torpe entendimiento, que yo no era dueño de mi voluntad, y por tanto, no responsable de mis actos. ¿De qué otro modo se entendería si no que la piadosa comunidad de ciudadanos cristianos insultara y rechazara a un niño de cinco años si no fuera porque insultaban y rechazaban a Satán? ¿Cómo se comprendería si no que los inmaculados representantes del Señor en la Tierra castigaran el cuerpo y la mente de un pequeño si no estuvieran, mediante exorcismo, castigando al propio Diablo? ¿De qué manera se podría entender si no que amantísimos padres y afectivos familiares golpearan y abandonaran a una criatura de su sangre si no fuera por su misericordiosa intención de alejarse de Satanás? Tanta gente no puede estar equivocada, y de estarlo el Todopoderoso se vería obligado a condenar sus almas, almas que le han sido fieles, almas que corresponden a sus seguidores. Sí, sólo habrá una sentencia posible en ese Juicio Universal, el de inocente.

Sonrío. Sonrío sentado en un oscuro rincón de esa marginal barriada que los hombres buenos construyen para almacenar a los malos llamándolo gueto. Ahora aquí, bajo la lluvia, sonrío por la ironía que sustenta el mundo y porque yo sé algo que nadie más sabe.

Lo que sé, lo sé desde hace poco tiempo, no más de veinticuatro horas. Siempre estuve seguro de mi condición de poseído, convencido de que Satán ocupaba mi cuerpo y guiaba mis actos. Todos a cuantos conocía desde que tengo uso de razón así me lo aseguraron con palabras o acciones, ¿por qué habría de dudar? Sin embargo, la vida está cargada de sarcasmo y no es sino una broma pesada. Y así, una noche igual a todas las noches apoyas tu codo en la barra de un infecto garito y tu hombro junto al de un borracho anónimo, y mientras te nutres de corrosivo alcohol el parroquiano habla como han hablado miles antes que él, y tú oyes pero no escuchas puesto que no son más que historias beodas de perdedores que en nada te atañen, sin embargo, en esta ocasión, por azar, por casualidad, una de las frases inconexas que el alcoholizado compañero pronuncia eriza tu vello y detiene el flujo de tu torrente sanguíneo. Y así le haces repetirla una y otra vez. El que fuera profesor de historia medieval y ahora es un andrajo ojeroso y cirrótico dice que en época medieval se quemaba a los celíacos puesto que su intolerancia al gluten les llevaba a vomitar la ostia al comulgar, y eso era entendido como prueba de demonización.

Soy celíaco y eso ha matado a mis padres y al sacerdote. Curioso. Mientras fui Lucifer no les dañé en la seguridad de entender su proceder, pero al conocer la verdad y saberme soberano, el deseo de venganza me ha saturado. Resulta sarcástico que no les causara daño bajo mi condición satánica y sí bajo mi condición humana. Y esto me hace pensar en que si yo fuera Dios quizá dejaría de temer al Diablo para cuidarme del homo sapiens sapiens.